

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Roberto Moreno de los Arcos

“La historia y la biología”

p. 99-108

Reflexiones sobre el oficio del historiador

Gisela von Wobeser (coordinación)

Primera reimpresión

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

252 p.

(Serie Divulgación, 2)

ISBN 968-36-44-84-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historiador_reflexiones/301a.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA HISTORIA Y LA BIOLOGÍA

ROBERTO MORENO DE LOS ARCOS *

El tema de las relaciones entre la historia y la biología se puede abordar en muy diversas formas; supongo que cualquiera puede intentarlo y con seguridad llegará a conclusiones, ideas o planteamientos distintos del mío. Y es que hay más relaciones entre la historia y la biología de lo que usualmente pensamos. Cualquiera puede irse a semejanzas aparentes y relaciones formales. Al final me ocuparé de algo que uniforma ambas disciplinas o ciencias. Para este caso opté por manifestar una preocupación por el tema, haciendo ver tres o cuatro enfoques posibles más que desarrollar alguno de ellos.

Una primera posibilidad de búsqueda de estas relaciones entre la historia y la biología sería lo que podríamos llamar la biología de la historia; es decir, esa parte de la biología que es componente natural del pasado del hombre.

A lo largo de su desarrollo el hombre ha tenido, obviamente, relaciones con el mundo biológico. El historiador, dependiendo del área que escoja —lo que hace tan libremente como el biólogo escoge la suya—, en algún momento se topa en sus fuentes, en su material de trabajo, con el mundo natural, ya sea cuando se buscan registros de domesticación de plantas o animales, por mencionar un ejemplo muy notorio, o cuando se hace historia de la agricultura, la ganadería o cualquier otra actividad económica, o por el estudio del pasado de los animales o las plantas que se encuentran en su ámbito natural. Esto significa que en el trabajo del historiador hay un com-

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

ponente obvio, inexcusable, ineludible, que es el mundo biológico, en el cual se desarrolló la actividad humana que le interesa en particular. Más aún, en ciertos momentos los conocimientos biológicos, los estudios de la ciencia que los trata, permiten fijar con precisión acontecimientos históricos. Por ejemplo, el arqueólogo (la arqueología es una extensión de la disciplina histórica, en cuanto hace exactamente lo mismo que ésta: se ocupa del pasado del hombre, sólo que sus fuentes son distintas por no ser escritas, o no ser totalmente escritas), quien en muchas ocasiones busca la asociación de lo que le interesa con el mundo natural y lo correlaciona cronológicamente. Es un terreno en el que se mezclan muchas ciencias: la paleontología, la geología, la antropología, la arqueología, la historia y, desde luego, la biología, de suerte que los historiadores bien podemos llevar a la conciencia de la necesidad de saber por lo menos unas cuantas cosas de biología.

Un punto en particular, sobre el cual trabajé con otro motivo, puede ilustrar lo que quiero decir. En un discurso con finalidad lingüística, titulado *Los nahuatlismos en el español de México*, expongo brevemente en qué forma los criollos mexicanos de los siglos XVI, XVII y XVIII se apropiaron de términos o frases del idioma náhuatl y los incorporaron a su cultura en forma de criollismo, lo que derivaría en nacionalismo. Pues bien, el asunto tiene sus dificultades, entre otras que la mayor parte de los nahuatlismos aluden al mundo natural; suelen ser sustantivos, no formas verbales, que se relacionan con el orden de lo natural —chayote, chilacayote, etcétera—, pero evidentemente a veces los historiadores nos enfrentamos al problema de saber con exactitud a qué tipo de planta o animal se están refiriendo. No es lo mismo un ajolote que un atepocate. Para el historiador es elemental cierto conocimiento de qué se está hablando cuando se trata de plantas o animales. De esta forma, lo que llamo biología de la historia es un ámbito de relación, que es el primer espacio que deseaba mencionar. Entre biólogos e historiadores hemos ido precisando, por ejemplo, qué productos naturales son realmente oriundos de América y cuáles vinieron y se trasplantaron al Nuevo Mundo, así como los que hicieron el camino contrario.

Antes de pasar a la parte que más interesa valdría la pena hacer una especie de interludio sobre algo que de cierta manera está relacionado con el tema: la nueva disciplina llamada *sociobiología*. Casi en todas sus partes coincido con un ensayo del doctor José Sarukhán sobre las escasas posibilidades de la sociobiología desde el punto de vista del biólogo. Desde el punto de vista del historiador también me he preocupado por leer sobre sociobiología y confieso que no me ha iluminado mucho. Me parece que está bien, pero llevar esa raíz etológica de la observación de la conducta de los animales, sobre todo de los animales sociales, a un traslape a la vida humana, equivale a menudo a ciertas descripciones de sociedades que hacen novelas de ciencia-ficción. No he encontrado en la sociobiología —y la he leído con interés y pasión— un sustrato útil, por lo menos para la labor del historiador.

Terminado este interludio, pasemos a lo que parece ser el meollo de este tema. ¿Qué es lo que uniforma a la historia y la biología como disciplinas? Ante todo, el hecho de que las hacemos seres humanos. Pero dejando de lado eso, en primer término aquello de lo que se ocupan, su ámbito de estudio, es real, es existente. En el caso de los biólogos es temporalmente existente, o por lo menos deja registros de su paso; en el caso de los historiadores fue existente —ya no lo es— pero es un ámbito de lo real acotable y, en fin, demostrable. En segundo lugar, lo que me parece más importante es que para comprender y explicar de qué se ocupan tanto el biólogo como el historiador es preciso considerar sobre todo cómo se llegó a lo actual, cómo se llegó a donde estamos. Por ejemplo, si alguien se pregunta ¿cuál es el tema de la historia? ¿cuál es su campo?, la respuesta sólo puede ser: el hombre, el hombre en su devenir. En el caso del biólogo el objeto de su preocupación, enunciado muy en general, es el mundo natural de los organismos. Para mí el estudio del hombre requiere (si se trata de comprender y explicar, y no simplemente de describir lo que somos, nuestras vidas sociales, nacionales y multinacionales), saber cómo se llegó a esto.

Desde cualquier punto de vista también la biología, de alguna manera, requiere de la dimensión temporal, por ejemplo para expli-

car las razones ecológicas de un ámbito determinado. Parece ser que el punto en que coinciden de manera idéntica la historia y la biología es que en esta labor, hacer biología o hacer historia, forzosamente debemos tener en las manos dos hilos conductores: el tiempo y el espacio. Aun la simple recolección de una planta para fines taxonómicos requiere de un registro: dónde se obtuvo y en qué tiempo. Hay una bióloga que está reconstruyendo una colección de años atrás porque debido a ciertas razones se perdió información y debe reconstruirla. Por consiguiente, ambos nos dedicamos a manejar los hilos conductores del tiempo y el espacio.

Esa labor que emprendemos tanto biólogos como historiadores tiene sus grados —dicho aquí a manera de defensa de una disciplina que no suele verse como científica—, aunque aporte datos más o menos semejantes y soporte problemas más o menos similares a los de las ciencias. Hacemos lo mismo al determinar, al delimitar una parcela del conocimiento. En ciertos casos, algún biólogo podrá resultar poco productivo o fecundo porque restringe demasiado su parcela o porque es demasiado formalista en lo que hace, es decir, no deriva conclusiones de lo que es el trabajo más elemental; eso nos ocurre con frecuencia a los historiadores, pues algunos se limitan a recopilar y luego a soltar la información tal como está. Pero en fin, en eso las dos disciplinas se parecen mucho: cada quien acota un terreno, unos pequeño, otros más amplio, pero se procede en forma igual.

Ambas disciplinas tienen una especie de subgrupo que para el biólogo debe ser el coleccionista y para el historiador es el aficionado. Hay gente que colecciona escarabajos y no más. No es el caso de Darwin, quien coleccionó escarabajos e hizo lo que hizo. No: hay gente que colecciona escarabajos, y es de suponerse que su relación con ellos no será ni buena ni mala, y sí buena cuando tenga cierta información y auxilie al biólogo. Para el historiador, el equivalente al coleccionista de escarabajos o de plantas es el historiador aficionado, el que colecciona datos. En provincia suele uno encontrarse historiadores aficionados que conocen todos los datos, que no quiero calificar de inútiles pero sí de producto del ocio, sobre su pueblo en

particular —el nombre de quién puso la cuerda de la campana de la torre de la iglesia de tal barrio— y además suelen espetárselo al historiador profesional como diciéndole: “¿es usted un ignorante! ¿cómo un profesor de la Universidad no sabe que...?” Ante esto suelo responder que no sólo no lo sé, sino que no me interesa, y voy a tratar de olvidarlo en el instante mismo en que nos separemos. Pero eso nos ocurre frecuentemente: la ventaja para los aficionados en mi terreno es que todos pueden publicar, y las bibliografías históricas se llenan de una serie de detalles que, en suma, está bien. De alguna manera preguntarse por el pasado propio, por el propio pueblo, por el estado natal, por el país, en fin, es una actitud que se ve como muy natural y absolutamente legítima. Aparte de estos coleccionistas también tenemos los genios, los que realmente rebasan la labor habitual del biólogo o del historiador y dan impulsos y nuevas vertientes a la labor científica. En el caso de los historiadores se puede mencionar a Hegel con su filosofía de la historia universal y a Spengler sobre la decadencia de Occidente. Estas obras son esfuerzos portentosos —inmersos en su tiempo al igual que nosotros, lo que nunca debe reprocharse a nadie—, son grandes lucubraciones de estos pensadores por encontrar la línea general por la que se conduce la historia de la humanidad. Algunos historiadores abandonan pronto la cuerda de la campana de la torre de la iglesia del barrio fulano del pueblo de San Juanito, o del pueblo tal en Inglaterra, y se amplían a todo el ámbito de lo histórico. El caso de Marx es típico: propone un modelo; la historia de la humanidad se desarrolla primero en esta etapa, luego esta segunda, luego el feudalismo, luego el capitalismo. Ya la predicción quién sabe, pero por lo pronto el modelo sí lo estableció. En la misma forma, los biólogos saben de personas así: Aristóteles fue de alguna manera el primer enciclopedista de la biología. Para acercarnos más a nuestros días, Buffon montó su sistema natural y, por poner sólo algunos ejemplos, Linneo o Darwin son el equivalente de nuestros pensadores de ese nivel, los que propusieron una visión general. Pero, atención: lo que Darwin nos dijo es cómo se llegó a donde estamos; lo que pretendió fue encontrar la mecánica por la cual, a lo largo del tiempo,

se llegó a una determinada situación. Ésta sí es una semejanza real entre nuestras disciplinas: en algún momento se trata de mostrar el devenir de las cosas del hombre, y del mundo natural, en ánimo de entender su existencia actual.

En cuanto a la forma de proceder para hacer esto, que puede ser aportar el pequeño detalle o la gran obra interpretativa, también hay semejanzas formales. Somos nosotros, en nuestra individualidad, quienes hacemos historia o biología. Si analizamos un poco cómo proceden los historiadores nos daremos cuenta de que los biólogos proceden más o menos en la misma forma, y vale la pena decirlo porque hay que percatarse de que las cosas tienen más complejidades de lo que a simple vista parece. Contaré una anécdota: hace algunos años un amigo, director de un instituto de esta área de ciencias, para hacer conversación amable en un desayuno me dijo: “¿Y por qué ustedes, los de las ciencias blandas, no se fijan en cómo hacemos nosotros o qué método seguimos y ya se ponen en serio?” “Bueno —le dije— en fin, si ustedes lo definen así, ‘ciencias blandas’, pues qué le voy a hacer. Ahora, vamos a ver cómo se podría hacer.” Y empezamos a conversar: “Es que ustedes no se han puesto a pensar en tal aspecto.” Yo le decía: “Te lleno este cuarto de libros de gente muy inteligente que no sólo lo ha pensado sino que lo ha escrito, y ahí lo podrías leer enteramente.” No se puede proceder con menosprecio porque entonces no nos vamos a entender; quienes ya han trabajado conmigo saben que podríamos leer bibliotecas enteras de cada uno de los aspectos metodológicos de la historia. Ésta no es una ciencia subdesarrollada, es tan vieja como la biología y puede ser que más, y ha habido mucha gente que se ha preocupado por ella. Y además, como es natural, evoluciona en sus manifestaciones metodológicas, al igual que la biología.

Y ¿cómo procedemos los historiadores? Tenemos una serie de estudios formales, al igual que ustedes, de cuatro años y medio, más dos de maestría, más tres de doctorado. Unos se titulan y otros no, pero se hace. Lo que interesa es el hombre en el pasado y el pasado del hombre. La materia prima se encuentra en la

documentación y en la bibliografía. Los biólogos ven la planta más o menos seca o en estado natural, o al animal, o lo que les interese observar al microscopio, y ésa es su materia prima. Para los historiadores la materia prima son los datos de lo que se quiere saber. Así como los biólogos van a buscar cactáceas o lo que sea en un lugar determinado, los historiadores pueden buscar lo que desean saber sobre la situación de la hacienda azucarera del estado de Morelos en un tiempo acotado. Los datos deben encontrarse en el archivo respectivo, en la biblioteca. Se recopila la información igual que lo hacen ustedes en la biología. Les creamos a los datos —los datos los dan hombres y nosotros sabremos si les creamos o no—, dependiendo de lo que sabemos. Se recopila la información, se formula una idea de cómo pasó lo que se afirma en las fuentes, y aquí, como decía un famoso escritor mexicano del siglo XVI, “las letras son alas y que cada quien vea cómo vuela con ellas”. Llegó el momento de trasladar lo que se aprendió, lo que se supo, los ficheros, en fin, al papel para decir algo. Ése ya es un problema en el que se involucra el talento, la formación, la cantidad de trabajo realizado. Los biólogos también, de alguna manera, se enfrentan a un material y creen o no al mensaje que tiene cada individualidad o cada ámbito, recogen su información, etcétera, y después también trasladan eso en un acto más o menos creativo, imaginativo o interpretativo, al papel.

El mundo natural miente tanto como el mundo humano, y no sólo porque mentir, disfrazarse, ocultar la verdadera naturaleza o disimularla con otra, es un medio de defensa propio de los animales y de las plantas, sino porque ya viendo casos más próximos, como el de mis animales domésticos, si se fija uno, realmente mienten.

Vamos a creerles a las plantas, a los animales y a los hombres lo que debamos creerles. ¿Y cómo vamos a saber qué “debemos creerles” si no es poniéndolos de acuerdo con lo que realmente sabemos de lo que les rodea? Para mí el punto clave, fundamental, es el de la creación. Lo que hace de un biólogo un mejor biólogo o de un historiador un mejor historiador es el



momento en que, resuelto el tema que se propusiera, lo traslada, lo saca de sí a los demás, en las formas que se acostumbren, en libros a veces pesadísimos, horribles, que nadie lee, o en un artículo breve. En el momento en que se traslada del biólogo o del grupo de biólogos, como del historiador, a una forma asequible a los demás, que es lo único realmente calificable, ahí, en ese acto de creación, ambos somos lo mismo, en lo profesional.

La historia, la biología y la astronomía son las ciencias más viejas, porque corresponden a necesidades muy claras. Estas tres ciencias vienen a ser la conciencia nuestra, del hombre, la nuestra y la de los que nos precedieron; del aquí, la de los biólogos y la del mundo que nos rodea, el mundo natural; del arriba, que también nos afecta, y en el caso de la historia del adentro, qué traemos con nosotros. La descripción del aquí, del arriba y del adentro requiere del pasado. En alguna ocasión dije que me gustaba pensar que la astronomía, una de las ciencias más impresionantes, era una especie de historia —el argumento es falaz, claro—, puesto que los astrónomos no están viendo sino lo que ya pasó, en el instante en que afocan un telescopio no están viendo sino el pasado, a veces miles de años atrás, y en última instancia su más grave preocupación también es tratar de encontrar el punto en que todo se creó para poderse explicar su desenvolvimiento.

Los biólogos de igual manera, en ocasiones, van a los orígenes biológicos para ver el desenvolvimiento. Los historiadores hacemos exactamente lo mismo. A fin de cuentas historia, biología, astronomía o cualquier otra ciencia o saber proviene de esta cosa interna que poseemos los seres humanos, de la necesidad real, profunda, vital, visceral de entender dónde y cómo estamos.

El espíritu que realmente nos uniforma a todos es ese afán real, sano, honesto de aprender y de saber del mundo que nos rodea y del que rodeó a quienes de la misma forma se preocuparon, pero que nos precedieron. El método para llegar a ese fin es lo de menos. Siempre usaremos los métodos con arreglo a las necesidades de trabajo, seremos creativos en métodos conforme



nos enfrentemos a distintos problemas. Un método no hace a una ciencia, la ciencia la hacemos los hombres que la queremos hacer. Los biólogos quieren hacer biología y hacen biología y les tenemos confianza; los que no somos biólogos sabemos que los biólogos van a hacer biología. Les ruego que crean que los historiadores que hacemos historia, hacemos historia.

